

IV.

MERCURIO.

¡ Cuánto amo la hora en que se estingue la claridad del día , en que los rayos del Sol parecen fundirse en el mar silencioso ! Entonces surgen los dulces sueños de los días pasados , entonces el recuerdo exhala hácia ti el suspiro de la tarde.

TOMÁS MOORE. *Melodías.*

Por cima del Sol al Occidente, cuando el astro del día se oculta, ó bien al Oriente antes de su salida, se ve algunas veces una pequeña estrella blanca un poco matizada de rojo. Los griegos la llamaban Apolo, el dios del día, y Mercurio, el dios de los ladrones, que se aprovechan de la oscuridad para cometer sus delitos, porque veían en ella dos planetas diferentes, uno de la mañana y otro de la tarde, como por largo tiempo vieron también en Vénus. Lo mismo sucedía entre los egipcios y los indios. Los primeros le daban los nombres de Set y Horo, y los segundos los de Budha y Rauhineya, nombres que recuerdan como los precedentes, las divinidades del día y de la noche. Los latinos mismos, que por lo demás estudiaron muy poca astronomía, continuaron en la duda sobre este punto; y solamente en los tiempos posteriores se averiguó definitivamente la identidad de estos dos astros, que como Cas-

tor y Polux, á los cuales fueron asimilados, no se presentaban jamás juntos. Entonces se le conservó su nombre de la tarde : Mercurio.

Surgiendo en una mar de ardiente llama
 Diverso en sus aspectos y rodando
 Su masa oscura en órbita alongada,
 Mercurio solitario
 Largo tiempo vagó desconocido;
 Pero en la tarde el Sol menos ardiente
 Se hunde en el Occidente
 Y una débil estrella resplandece
 Siguiendo al Sol que entonces desfallece.
 DARÚ.

Mercurio, primer planeta del sistema, está siempre envuelto en la irradiación régia del príncipe de los astros, y como los cortesanos, se priva de su individualidad para confundirse en la personalidad del astro rey. En esto el planeta no gana nada, como puede suponerse; antes bien, pierde mucho porque no ha tenido el honor de ser conocido de los fundadores de la astronomía. Copérnico perdió la esperanza de verle algún día. «Temo, decía aquel grande hombre, que bajaré á la tumba antes de haber podido descubrir ese planeta.»

Y en efecto, el que habia transformado el sistema del mundo, y tomado en sus manos cada uno de los planetas para ponerles en su sitio alrededor del Sol, murió sin haber visto el primero de ellos. Galileo pudo observarle gracias á los telescopios que acababan de inventarse; pero todavía no se puede decir que le conoció bastante, pues que le fué imposible distinguir una vez siquiera sus fases.

Los adversarios del nuevo sistema oponian precisamente á los primeros astrónomos, Copérnico, Galileo y Kepler, la ausencia de fases en los planetas Mercurio y Venus y decían: si esos planetas girasen alrededor del Sol

cambiarían de aspecto á nuestros ojos como cambia la Luna, según que viéramos de frente, de perfil ó por detrás la parte que vuelven hácia el Sol. Copérnico y sus colegas respondieron: es verdad que no distinguimos fases, pero si no teneis mas dificultad que esa para admitir nuestro sistema, Dios nos hará la gracia de mostrarlas. En efecto, Mercurio y Venus tienen fases, y las de Mercurio son las que damos en la figura 26.

Por la observación de las irregularidades visibles en el interior del creciente mercurial se ha reconocido que Mercurio está erizado de altas montañas, mas altas que las de la Tierra aunque es un globo mucho mas pequeño que el nuestro. También se ha notado la existencia de una atmósfera mas densa y mas elevada que la nuestra. A mediados del siglo último, uno de los muchos novelistas que fingieron viajes á los planetas pretendió saber que las montañas de Mercurio estaban todas coronadas de jardines magníficos donde crecían naturalmente, no solo los frutos mas suculentos que sirven para el alimento de los mercurianos, sino también la mayor variedad de manjares. En ese mundo feliz, según la novela, no es necesario preparar como entre nosotros los objetos de alimentación; pollos, jamón, chuletas, entremeses, postres, etc., porque todo esto crece naturalmente como las peras en nuestros perales, y cuando se quiere servir una comida no hay otra cosa que hacer mas que poner el cubierto sobre la mesa. Entonces vienen aves servidoras que toman las órdenes de los convidados, vuelan inteligentemente hácia las montañas donde se encuentran los platos pedidos, y en un abrir y cerrar de ojos les traen y les presentan sobre la mesa con la mayor diligencia. Tal vez es preferible creer que los vegetales de Mercurio gozan de esos dones preciosos, y que sus aves son de una inteligencia tan agradable, á pensar con Fon-

tanelle, que los habitantes de Mercurio son todos locos, y sus cerebros están ardiendo á causa del inmenso calor que el Sol vierte sobre sus cabezas. Pero hasta que un viaje auténtico nos haya dado noticias exactas sobre este punto,

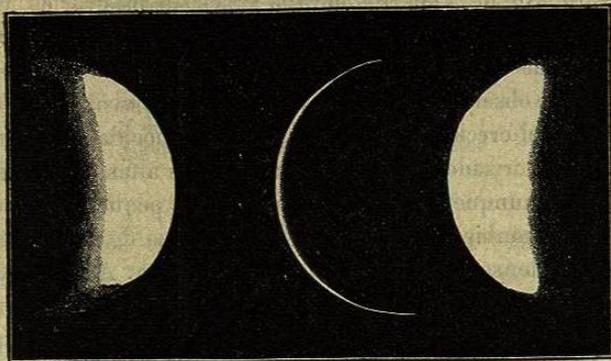


Fig. 26.—Fases de Mercurio.

nos atendremos á los elementos astronómicos del planeta de los cuales resulta: que se encuentra á 14.783,000 leguas del Sol; que su diámetro es de 4,978 kilómetros, su superficie de 779.250,000 miriámetros cuadrados, y su volúmen de 64.851,000 miriámetros cúbicos; que su día dura 24 horas, 3 minutos y 28 segundos; su año 87 días, 23 horas y 14 minutos, y sus estaciones 22 días solamente; que su masa, comparada con la de la Tierra, es solamente de 17 centésimas; que su densidad es tres veces mayor que la nuestra; que los cuerpos que caen en su superficie recorren 5^m, 63 durante el primer segundo de caída; en fin, que recibe seis veces y media mas luz y calor que la Tierra, y que es un planeta muy *escéntrico*.

Escéntrico significa que en su movimiento de revolu-

cion alrededor del Sol no permanece siempre á la misma distancia, que sigue una elipse y no una circunferencia de círculo, y que en ciertas épocas de su año recibe dos veces mas calor que en las épocas opuestas. Se ve, pues, que la palabra *escéntrico* no está mal escogida, pues que representa una falta de regularidad en el movimiento circular de los planetas; y aquí es oportuno añadir que entre todos los astros los cometas son los mas *escéntricos*. Se aproximan en ciertas épocas tanto al Sol, que parece que se van á fundir en su brasero; y en la parte opuesta de su carrera se alejan del astro del día á tal distancia que acaban por perderle de vista vagando en las tinieblas y en el frío de los espacios solitarios.

V.

VENUS.

¡Oh tú, resplandeciente estrella vespertina,
 Joya sobre un azul de limpidez divina!
 ¡Con cuánta rapidez volaré yo á tus brazos
 Cuando el alma esté libre de sus corpóreos lazos! (1).

La jóven poetisa que cantó este delicioso pensamiento, María Lucrecia Davidson, voló de su prision terrestre hácia su querida estrella cuando apenas habia visto florecer su decimasétima primavera. Como la blanca estrella de la mañana y de la tarde, se estinguió en el primer período de la vida, y no conoció mas que la aurora. Quizá hoy reside en efecto en esa isla de luz y contempla desde allí la morada terrestre que habitaba; tal vez oye la oracion de los que, como ella en otro tiempo, permiten á sus esperanzas remontar algunas veces el vuelo hácia las regiones celestes.

Algunos talentos mal humorados han pretendido que si Venus es hermosa de lejos, es en realidad muy fea de

(1) Estos versos son demasiado bellos para que no los citemos en el original:

¡Thou, little sparkling star of even
 Thou, gem upon an azur heaven!
 ¡How swiftly will I soar to thee
 When this imprisoned soul is free!

cerca. Vemos desde aquí á nuestros jóvenes lectores y amables lectoras, y estamos seguros de que no hay una persona entre ellos, y sobre todo entre ellas, que sea de este parecer. Bien puede uno ser hermoso de cerca como de lejos, ¿no es verdad? No esperamos que se nos contradiga. Tengamos, pues, la condescendencia de conceder á Venus lo que nos concedemos á nosotros mismos, y estemos seguros de que no solamente es hermosa de lejos, sino que lo es todavía mas de cerca.

En efecto, Venus posee en mas alto grado que nosotros, todas las magnificencias de la luz y del día de que gozamos sobre la Tierra. Está envuelta como nuestro globo en una atmósfera trasparente, en el seno de la cual se combinan mil y mil juegos de luz. De su Océano tumultuoso se levantan nubes que elevan al cielo la diversidad de sus matices nevados, argentados, dorados y purpurinos. En su horizonte por la mañana y por la tarde, cuando el astro resplandeciente del día, dos veces mayor allí que lo que nos parece aquí sobre la Tierra, levanta por el horizonte su disco enorme, ó se inclina al ponerse hácia el hemisferio occidental, el crepúsculo desarrolla sus esplendores y sus magnificencias. Desde aquí asistimos con el telescopio á ese lejano espectáculo, porque distinguimos claramente el alba y el crepúsculo de la tarde en las campiñas de Venus.

El día y la noche son en este planeta de la misma duracion, poco mas ó menos, que en la Tierra: el período diurno de rotacion del planeta es de 23 horas, 21 minutos y 7 segundos; por consiguiente, 35 minutos menos que aquí. Pero entre el invierno y el verano hay una diferencia mayor todavía que la que hay en la Tierra entre el intervalo de la salida y la puesta del Sol, y el que separa esta última de la salida, porque este globo está mas incli-

nado que el nuestro sobre el plano de su órbita. Esta inclinacion es la que constituye en Venus, como en la Tierra, la variacion de las estaciones, su duracion recíproca y su intensidad. Estando Venus aun mas inclinado que la Tierra sobre el plano en que se mueve, sus estaciones se caracterizan aun mas que las nuestras, y sus climas son mucho mas marcados. Hay entre el frio del invierno y el calor del verano una diferencia mucho mayor que entre nosotros; allí hace en invierno casi tanto frio como en la Tierra, é infinitamente mas calor en verano. De la misma manera hay del ecuador á los polos una variacion de climas mas marcada que en la esfera terrestre; y lo que en la Tierra llamamos zonas templadas es insensible en Venus, y hasta puede decirse que no existe. La zona tórrida y la zona glacial se usurpan mútua y constantemente el imperio, y como el año no dura mas que 224 dias en vez de 365, la rapidez de esta sucesion aumenta todavía mas su intensidad. Por eso las nieves no tienen tiempo de acumularse en los polos como sucede en la Tierra, en Marte y en Saturno, y las variaciones atmosféricas producen una agitacion perpétua en la superficie del planeta.

Sus montañas son mucho mas altas que las nuestras. Han sido medidas en las épocas en que Venus se nos presenta en forma de media luna. Las desigualdades que se observan en lo interior del creciente, son las partes mas elevadas de la superficie que reciben todavía los rayos del Sol cuando éste se ha ocultado ya para las llanuras; y por el tiempo que estas partes blancas tardan en desaparecer, se ha podido congeturar su altura. Acabamos de hablar del creciente de Venus. Como Mercurio, en efecto, este planeta está situado entre la Tierra y el Sol, y el círculo que describe en su año se encuentra comprendido en el interior del círculo que describe la Tierra alrededor del

mismo astro. De aquí se sigue que en ciertas épocas el planeta Venus se encuentra justamente entre el Sol y nosotros, y entonces nos presenta su parte oscura, pues que su parte iluminada está naturalmente de frente al Sol. En otros tiempos, cuando se encuentra á la derecha ó á la izquierda del Sol, nos presenta solamente un cuarto; y en fin, cuando se encuentra al otro lado del Sol nos presenta su disco entero iluminado.

Circulando Venus en una órbita interior á la de la Tierra, hay períodos en que no está sino á diez millones de leguas de nosotros (cuando se encuentra entre la Tierra y el Sol) y períodos opuestos en que se aleja á 65 millones de leguas (cuando está al otro lado del Sol). Sus dimensiones aparentes varían, pues, muy sensiblemente según la distancia. La figura 27 presenta estas variaciones. En el dibujo de la derecha se ve á Venus entre el Sol y la Tierra, posición en la cual casi no vemos más que el hemisferio no iluminado del planeta. Es el momento del creciente más delgado (á no ser que Venus pase exactamente sobre el Sol, en cuyo caso no hay creciente de ninguna especie). En la segunda figura el planeta nos presenta su cuarto iluminado, y en el dibujo de la izquierda hallándose al otro lado del Sol es Venus lleno para nosotros, pero muy pequeña y mucho menos brillante que en su creciente más diminuto.

Las fases de Venus fueron vistas por primera vez en el mes de setiembre de 1610 por Galileo, que recibió de este espectáculo un júbilo difícil de describir, porque era un testimonio elocuente en favor del sistema de Copérnico, y demostraba que los planetas, lo mismo que la Tierra y la Luna, reciben su luz del Sol. Cuando decimos que sus fases fueron vistas por primera vez en el mes de setiembre de 1610, suponemos que no se deducirá de aquí que no

existían antes de esa época; lo único que puede deducirse es que antes de ese año no se habían dirigido los anteojos hácia ese planeta, y por consiguiente no se habían visto sus fases, que á la simple vista son invisibles.

El ilustre astrónomo, según la costumbre de la época, ocultó su descubrimiento bajo un anagrama para justificar su autenticidad en caso de rivalidades, y para darse tiempo de continuar sus observaciones y hacerlas más perfectas; por eso terminaba su carta con esta frase: *hæc immatura à me jam frustra leguntur, d. y.* Lo cual significa: «Estas cosas, ocultas y prematuras todavía para otros, han sido leídas por mí.»

Bajo este criptograma sería difícil encontrar la idea de las fases de Venus. Nuestros padres eran muy ingeniosos, y ciertamente que en los tiempos modernos no habrían sido tan contradichos ciertos descubrimientos, si los astrónomos hubiesen empleado la misma astucia que Galileo. Hay en la frase citada treinta y cuatro letras; y colocándolas en otro orden se producen palabras en las cuales está elegantemente descrito todo el descubrimiento.

Cynthia figuras emulatur mater amorum.

La madre de los amores sigue las fases de Diana. Galileo, según se ve, era muy agudo. Dos meses después, preguntado por el padre Castelli si Venus tenía fases, le contestó: «Estoy muy mal de salud y me encuentro mucho mejor en la cama que espuesto al rocío.» Solamente el penúltimo día del año fue cuando se decidió á anunciar las susodichas fases.

¿Tiene Venus un satélite? Mas bien debería tener dos que uno, respondieron los amigos de Cassini á los adversarios de este astrónomo, y muchos abrigan la firme creencia

de haberle visto, pero la cuestion está todavía indecisa. A mediados del último siglo se creía tan firmemente en la existencia de ese satélite, que el gran Federico de Prusia propuso que se le diera el nombre de su amigo *d' Alembert*, lo que rehusó este ilustre géometra en la siguiente cartita:

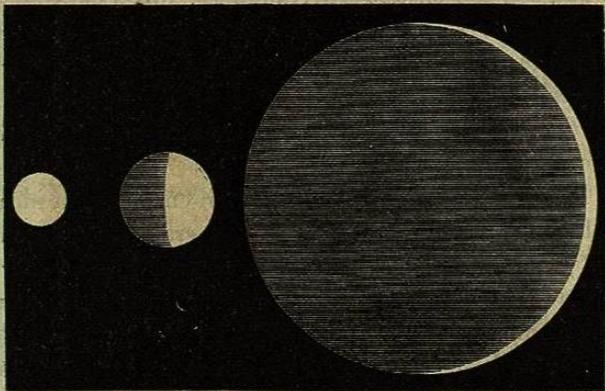


Fig. 27.—Variaciones del disco aparente de Venus.

«Vuestra Magestad me hace demasiado honor queriendo bautizar con mi nombre ese nuevo planeta. Ni soy bastante grande para convertirme en el cielo en satélite de Venus, ni tengo tan buena salud que pueda serlo en la Tierra. Me encuentro bien con el pequeño lugar que ocupo en este mundo de aquí abajo para ambicionar otro en el firmamento.»

El mundo de Venus ofrece la mayor semejanza con el nuestro y tiene los mismos elementos astronómicos, el mismo tamaño, el mismo volumen, el mismo peso, la misma densidad; la única diferencia es que está dos veces mas cerca del Sol que nosotros. Desde los orígenes de la poesía

antigua, su posición cerca del Sol, que le hace aparecer por la mañana antes del día, y por la tarde antes de la noche, atrajo hácia él los pensamientos contemplativos, y Venus fue la estrella de todos los aficionados á meditar á la hora del crepúsculo, desde el pastor que vuelve del campo hasta los amigos de corazón cuyas almas se encuentran durante la noche. En la edad media un buen padre hizo un viaje

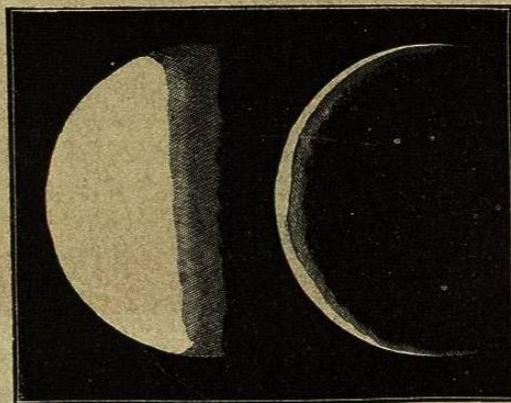


Fig. 28.—Escotaduras del creciente de Venus.

extático al cielo, y no vió en Venus mas que jóvenes de estremada hermosura que vivian en el seno de una perfecta felicidad; estos eran á sus ojos los espíritus directores del planeta Venus, porque entonces se creía que á la dirección de cada una de las esferas celestes presidia una legión de ángeles ó de genios. Posteriormente el autor de *Pablo y Virginia* hizo de Venus la descripción mas maravillosa; según él, es un verdadero paraíso terrenal; por último, en nuestros días el poeta de las *Contemplaciones*, visitando la

isla antigua de Citéres, que no es hoy mas que una roca desierta y desnuda, traslada su pensamiento al cielo, y allí es donde busca la morada de Venus.

Ojalá que los rayos de oro de esa hermosa estrella brillen largo tiempo sobre nuestras tardes, abriendo á nuestros pensamientos la carrera de las contemplaciones que nos trasporten transitoriamente á los mundos celestes. Ojalá que anuncie siempre el séquito estrellado de las noches profundas, y que sea siempre la precursora de las horas de paz y de silencio que mecen el alma en la meditacion de sus recuerdos.

Estrella brillantísima
Que á nosotros te inclinas;
Misteriosa belleza
Que tan suave nos miras:
Desde lo alto del cielo
Sobre esta tierra fria
Vierte un límpido rayo
De amor y de sonrisa.

Blanca perla engastada
En el celeste manto,
Envía la esperanza
Con tus dorados rayos
Sobre la madre triste
Que vela á su hijo amado,
Prométele asistencia
Y ayuda en su trabajo.

En los llanos ardientes,
En los campos desiertos,
Estrella vigilante
Guía á seguro puerto,
En la mar tempestuosa
De senderos tan pérfidos,
Estrella radiante
Guía á los marineros.

Y en fin, cuando mi vida
Se estinga en este mundo,
Hermosa estrella mia,
En tus celestes muros
Dignate recibirme,
Dame asilo seguro,
Y ven á ser mi patria
Blanca estrella que busco.

VI.

MARTE.

Bien conozco esa cara;
Es la de Marte fiero;
Su palidez rojiza
La da á conocer presto.
De crueldad indicio
Y de furor, su ceño
Jamás se desarruga.
Astro siempre sediento
De sangre de los hombres
Y en sus furoros terco,
La paz se aleja siempre
Ante su cruel aspecto,
Y las riquezas huyen
De los campos desiertos.
RICARD.

El pobre Marte, como se ve, no ha sido muy bien tratado. Sobre él y sobre Saturno han caído todas las maldiciones de los mortales; y estos dos desgraciados planetas han tenido que sufrir hasta la afrenta de ser objeto de veros detestables y soporíferos como los que acaban de leerse en las rimas de Ricard. Todas las desgracias públicas causadas por la fuerza, inclusa la guerra, azote de la humanidad, de que tanto trabajo le costará curarse, han sido atribuidas á Marte, y si este sabe lo que la Tierra ha pensado de él, desde los tiempos mitológicos, debe mirarla con muy mala voluntad. Sin embargo, es enteramente inocente de todas esas calumnias; y tanto menos deberíamos hablar mal de él cuanto que ofrece la mayor semejanza con nos-

otros. En efecto, el mundo de Marte se parece tanto al mundo de la Tierra, que si un día pudiéramos hacer un viaje por aquel lado y olvidáramos el camino, nos sería imposible conocer cuál de los dos planetas es nuestra patria. Sin la Luna, que caritativamente vendría á sacarnos de la incertidumbre, correríamos gran riesgo de penetrar entre los habitantes de Marte, creyendo entrar en Europa ó en alguna otra parte del globo terrestre.

De Venus pasamos á Marte sin detenernos en la Tierra, aunque nuestro planeta separa á estos dos en el orden de las distancias al Sol; honremos ante todo á los extranjeros; despues vendrá nuestra patria.

El planeta Marte, en efecto, presenta en nuestros telescopios el mismo aspecto que la Tierra debe ofrecer á los habitantes de Venus: un disco circular un poco achatado hácia los polos, que gira sobre sí mismo en 24 horas poco mas ó menos, que está surcado de vez en cuando por nubes pasajeras, y cubierto de llanuras, oscuras unas veces, y otras claras; que gira oblicuamente sobre sí mismo y que está envuelto en una atmósfera y cubierto en los polos de manchas nevadas. En este planeta las estaciones son poco mas ó menos de la misma intensidad que las nuestras; pero su duracion es dos veces mayor, porque Marte no completa su revolucion anual alrededor del Sol sino en un año, 321 días y 22 horas, ó sean: 1 año, 10 meses y 21 días. La acumulacion de hielos que se ve en sus polos se funde en parte cuando llega la primavera de cada hemisferio para volverse á formar en otoño, como sucede en nuestro globo; y como las estaciones son complementarias en los dos hemisferios, los movimientos de este globo se ejecutan en sentido inverso, es decir, que mientras el polo austral disminuye, el polo boreal aumenta y recíprocamente. De este deshielo anual resultan los cambios de temperatura y los

movimientos meteóricos que se observan en Marte. Una parte del agua se evapora en nubes, y otra hace crecer los rios y baja con ellos al mar. Así, pues, encontramos en nuestro planeta vecino los caracteres fundamentales de las estaciones terrestres.

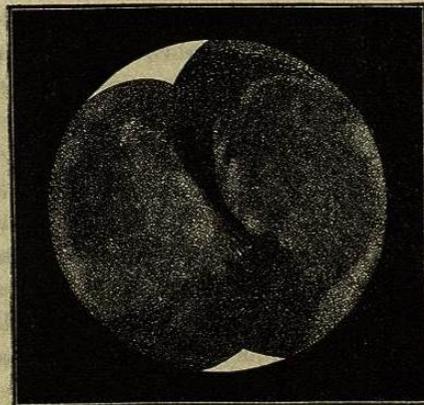


Fig. 29.—Aspecto de Marte.

Pueden sin embargo notarse ciertas diferencias entre el aspecto del mundo de Marte y el nuestro. Mientras que la Tierra vista de lejos, á causa del color de su atmósfera, de su vegetacion y de sus aguas, debe parecer matizada de verde, Marte parece mas matizado de rojo, y este color es el que le da el resplandor rojizo con que se le ve brillar á simple vista. Sin duda este color característico se debe á la coloracion dominante de los elementos de su superficie, ya que su suelo tenga ese color, como sucede en nuestros desiertos, ya que sus mares, su vegetacion ó los vapores que se levantan en su atmósfera, revistan principalmente ese

matiz. Sin embargo, las manchas polares conservan siempre su esplendente blancura. Anaxágoras, filósofo de la antigüedad, afirmaba que la nieve era negra; esta paradoja podría tener alguna razón de ser si las nieves de Marte cuando han podido verse distintamente hubieran presentado un color rojo; pero siempre le presentan blanco. «El color de las manchas polares, dicen Beer y Mædler, dos astrónomos cuya vida se ha empleado en el estudio de Marte y de la Luna, es siempre blanco brillante y puro, y de ningún modo semejante al de las otras partes del planeta. En 1837 durante una observación, Marte quedó completamente oscurecido por una nube, á escepcion de la mancha polar que se mostraba distintamente á la vista.»

El agua de Marte, ¿es de la misma naturaleza que el agua de la Tierra? El padre Kircher se preguntaba si la de Venus sería buena para bautizar, y contestaba afirmativamente. Por nuestra parte dudamos que haya allí los mismos elementos químicos que en la Tierra. Que las manchas polares de Marte son acumulaciones de hielo y de nieve, parece demostrado por la observación, pues que los cambios que experimentan anualmente son ocasionados como entre nosotros por el movimiento aparente del Sol. Este hecho ha sido comprobado en sus fenómenos generales y en sus fenómenos parciales; así es que cuando una mancha ofrece mayor estension es después de un largo invierno del polo á que pertenece, y cuando la presenta menor es después de un largo verano que la ha fundido y aminorado. Pero de aquí no se puede deducir que el nombre de nieve signifique otra cosa mas que una apariencia, y no podremos apoyarnos en ninguna razón plausible para ver en aquella sustancia idénticamente la que aquí conocemos bajo el nombre de nieve, es decir, el agua (químicamente un equivalente de hidrógeno y otro de oxígeno: HO), congelada en

pequeños copos. Por el contrario es muy probable, por no decir cierto, que siendo los elementos constitutivos del globo de Marte completamente diferentes de los de la Tierra, y habiendo estado sus combinaciones químicas sometidas desde el principio á influencias diversas de las que presidiéron á nuestro globo, no exista sino una analogía muy leve entre la naturaleza de ese mundo y la del nuestro, y no una identidad de materias.

Alejado Marte del Sol á una distancia media de 58 millones de leguas, y envolviendo la órbita de la Tierra en la que él describe alrededor del astro central, hay ciertas épocas en que los dos planetas están muy próximos, y es cuando están los dos en el mismo lado de su carrera relativamente al Sol.

Algunas veces no se hallan sino á 14 millones de leguas de distancia uno de otro, lo cual hace que después de la Luna sea Marte el mundo mas conocido de nosotros, hasta el punto de que Kepler pudo escribir estas palabras: «Del conocimiento de Marte nos vendrá la astronomía, y del estudio de este planeta saldrán los progresos futuros de nuestra ciencia.»

Se llama *conjunción* de dos planetas el punto de sus órbitas en que se encuentran de un mismo lado del Sol y lo mas cerca posible uno de otro; se dá el nombre de *oposición* al punto opuesto de sus órbitas cuando cada uno de ellos se encuentra á un lado opuesto del Sol. Estas posiciones han dado mucha materia para la sagacidad de los que se empleaban en sacar horóscopos, y Dios sabe cuantos destinos han recibido pretendidas predicciones segun que el Dios de la guerra se hallaba en conjunción en tal ó tal signo del Zodiaco. La conjunción en Tauro no significaba lo mismo que cuando se verificaba en Virgo; y cuando por casualidad sucedia la desgracia de que esta conjunción